

interesante y muy ameno libro, subraya las cualidades lúdicas e integradoras, pues en esta literatura está “parte de nuestra conciencia como colectividad.”

LEONOR FERNÁNDEZ GUILLERMO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Bibliografía citada

CERRILLO, Pedro C y María Teresa MIAJA, 2011. *Sobre zazaniles y quisicosas: estudio del género de la adivinanza*. España: UCLM.

Marco Antonio Vázquez, Marconio. *Cuéntamelo todo. El momento poético: un camino para la emoción genuina en la narración oral*. México: Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), 2018.

Me declaro admirador de Marco Antonio Vázquez, Marconio, a quien tengo la fortuna de conocer desde hace casi un cuarto de siglo; aprecio grandemente su manera de contar los cuentos, que es, acaso, su mayor talento, aunque no el único. Coincido con Roberto Ramos Trujillo cuando dice, en el prólogo del volumen que reseño, que: “Marconio es un extraordinario narrador oral, y la esencia de su arte radica en establecer una profunda comunicación dialéctica con el núcleo de percepción del auditorio. El éxtasis de su oficio se convierte en un acto casi demiúrgico, que nos hace soñar despiertos. En efecto, su filigrana fabuladora puede inaugurar una inédita dimensión de realidad” (viii).

Marconio, como él mismo nos lo dice, ha incursionado en el arte de contar cuentos desde hace más de dos décadas y, amén de que se ha nutrido para ello de su formación como literato, actor, guionista, editor, músico, cantor y cuentista, ha procurado

en los años recientes reflexionar sobre su oficio, buscando la profesionalización de su propio hacer, lo que sin duda se pone de manifiesto en cada una de sus actuaciones, llevadas a cabo no sólo en México, sino asimismo por diversos países de Hispanoamérica y Europa; esto le ha valido a la fecha numerosos reconocimientos, y la beca nacional del Fonca como creador, que le ha sido otorgada en dos ocasiones. En los últimos años ha incurrido en la reflexión, la promoción y el estudio de la narración oral, para lo cual ha desarrollado la Fonoteca Mexicana de Cuentacuentos (disponible en línea: <http://www.fonoteca-cuentacuentos.mx/>), así como los seminarios Caminos de la Narración Oral (organizados con el Colectivo Fabulare, del cual es fundador); como parte de la beca del Fonca que le ha sido otorgada en el periodo 2017-2019, como creador con trayectoria, en los años recientes ha impartido una serie de cursos, dirigidos principalmente a jóvenes universitarios, con la finalidad de profesionalizar el oficio del cuentacuentos en nuestro país.

En este marco, el libro *Cuéntamelo todo. El momento poético: un camino para la emoción genuina en la narración oral* busca ser una herramienta para el cuentacuentos en formación, a quien Marconio se dirige en un lenguaje claro y puntual, con una prosa depurada y un conjunto de valiosas reflexiones teóricas y metodológicas que se desprenden de una serie de lecturas filosóficas, filológicas, de psicología y hermenéutica cuyo contenido expone el autor con claridad; asimismo, se nutre, sobre todo, de su propia experiencia y de la reflexión que de ella se ha desprendido. Así, Marconio precisa sobre la naturaleza de su disciplina:

La narración oral es un arte emergente, no así la tradición oral de contar cuentos, mitos, leyendas o sucedidos. El arte de narrar historias sobre un escenario, dispuesto especialmente para ello, es un fenómeno revivido recientemente. En otros tiempos existieron los rapsodas, los aedos, los juglares, que también vivían de narrar, cantar y versificar a voz viva las historias, las noticias, las epopeyas (1).

En este volumen, el autor nos comparte el método que ha desarrollado para creer en el cuento que relata, a partir de las nociones de “momento poético” y “mito personal”, que Marconio ha cultivado en su propio quehacer y que ha prodigado en los talleres que imparte. En ese marco, como él lo establece, el narrador oral es “un artista que narra desde sí mismo” (5); este es un presupuesto que, me parece, se puede aplicar a cualquier artista escénico, a cualquier persona que trabaja con el cuerpo y la voz para encarnar un discurso artístico, en un momento dado, frente a un auditorio: al sondear en su individualidad, podrá establecer un diálogo efectivo con quien lo escucha, encontrar su lugar en el mundo y permitir la ubicación frente al otro.

Marconio ahonda en este sentido, para definir la noción de momento poético que aplica en su quehacer:

El ser humano se emociona todos los días. Sin embargo, hay momentos emotivos de gran impacto. Golpes emocionales de corta duración que se atesoran celosamente; que no se olvidan y permanecen en nuestra memoria por siempre. Podemos decir que son momentos cumbre o experiencias únicas que nos dejan una marca imborrable. Pero además, dichas vivencias nos regalan, más allá de la explosión emocional, una revelación, un aprendizaje emotivo de gran fuerza. Son efímeros lapsos que nos permiten anclar certezas indubitables. Son momentos poéticos (6).

Con la justa dosis de inspiración, generosidad y talento escénico, Marconio nos regala en su libro un sincero catálogo personal de momentos poéticos que han sido relevantes en su vida, y que han nutrido su labor como narrador oral. Escritos con un oficio depurado, y con un franco esfuerzo de introspección, el autor nos regala cuarenta estampas, que podemos ubicar, por su eficacia narrativa y por su intensidad emotiva, a medio camino entre el relato y el poema. Estos momentos escritos han representado toda una revelación: gracias a ellos he podido descubrir aspectos profundos, cuando no valiosas confesiones, de la vida, en particular

de la infancia y la juventud, del autor, y conocer algo del origen de su interés por el desarrollo de la voz, el verso y el cuento.

Estos relatos revelan el talento narrativo de Marconio, y hay que decir que podrían integrar, por sí mismos, un libro de creación, aunque aquí cumplen la función de muestrario auténtico, que tiene el propósito de exponer al aprendiz de cuentacuentos el camino metodológico hacia la ubicación de los momentos poéticos y mitos personales que cada cual debe cumplir si quiere contar ante un público, siguiendo los pasos del maestro Marconio, quien define: “un momento poético es un tesoro guardado en los rincones de nuestro armario personal [...]. La poderosa diferencia entre el momento poético y la anécdota es el elemento emocional profundo e indeleble” (56).

Esa capacidad fabuladora del escritor y cuentero nos llega a abrumar: Marconio es un fundador de mitologías, un personaje de leyendas, un testigo de su propia vida, que es prodigada al oyente en cada línea, en cada inflexión vocal, en cada sílaba, en cada movimiento, en cada gesto incluso. Sus momentos poéticos refulgen en íntimos y profundos destellos, a partir de “vivencias fundamentales” que él sabe delinear con tenues pinceladas, de una intensidad sobrecogedora, *conmovernora*, como lo propone su poética del cuento, y así nos hace partícipes, en este caso, con la letra escrita, de su propia vivencia, pues, según nos dice, “el momento poético es nutricio: siembra en todo nuestro ser, a nivel psíquico y somático, una flor emocional para toda la vida” (57).

Siguiendo a Jerome Bruner y su noción del “pensamiento narrativo”, Marconio establece que “cada ser humano se distingue de otro por las historias que vive, pero sobre todo por las historias que cuenta” (62); culturalmente, nuestra capacidad para contar resulta fundamental para explicar la hondura de la realidad, para descifrar el mundo que nos rodea. En la sociedad contemporánea, dice Marconio: “estamos acostumbrados a restarle valor a nuestras historias”, y propone: “por tal razón, los narradores orales, cuentacuentos y palabreros profesionales deberían antes que nada valorar las propias historias como fuente de riqueza emocional para empatizar de manera automática y genuina con los

espectadores que siempre esperan conmoverse con lo que escuchan" (64).

A partir de su experiencia como instructor, Marconio describe que la narración de vivencias fundamentales posibilita la formación de una "cueva de Decamerón" entre los asistentes a un taller de cuentacuentos, puesto que la audición de los momentos poéticos del otro permite establecer empatía con él, al descubrir que en realidad muchos momentos profundos vividos son análogos, en su trascendencia, entre diversos seres humanos y, más allá de esto, que todos desarrollamos la capacidad para ponernos en el lugar del otro si conocemos aquello que le conmueve; sugiere el artista y estudioso: "poco a poco quien está narrando su historia 'única y ultra personal' se percató, a través de las miradas y las reacciones de los escuchas, de que eso que cuenta le ha sucedido a otros, de que alguien más ha sentido exactamente lo mismo. Descubre que su cuento se extiende en la sangre de los otros" (67).

En la dimensión personal, nos dice Marconio, "la formación de nuestro yo articulado y aceptado se forma en buen porcentaje por la forma de relatar, a nosotros mismos, nuestras vivencias" (68). Más allá de este ámbito individual, quien cuenta tiende a perfilar ante los demás su propia imagen, según lo pudo constatar el escritor en su experiencia como instructor en los reclusorios: "Fue en las cárceles donde también me percaté de que el ser humano reconstruye el yo a través de los relatos maquillados, arreglados, bien vestidos, que pretenden transmitir una imagen ante los ojos de los demás" (69). Como en el espacio carcelario, donde los presos buscan justificarse o infundir temor con sus historias, en las calles también "narramos nuestras vidas para justificarnos ante los demás o para atemorizar, o advertir, a los otros para ganar consideración y prestigio; para construir nuestra propia gesta épica, y ser suficientemente respetados y admirados por nuestros semejantes" (70).

Pero el cuentacuentos tiene, según lo establece el autor, el compromiso de partir de la verdad de su propio momento poético, para transmitirla con sinceridad a un público que será sensible a ese compromiso con la verdad. Así, al elegir el relato

que quiera contar, el narrador oral deberá inclinarse por “el que le reporta emociones genuinas y llenas de latido conmovedor”, que no tiene por qué ser de un autor famoso, toda vez que “narrar con verdad y emoción genuina para conmover es la razón de ser del cuentacuentos” (74-75).

Marconio pide, asimismo, a los cuentacuentos en ciernes, que sean conscientes del valor significativo del símbolo, aquel término o imagen del mundo natural que activa una serie de significados profundos, que trascienden el sentido literal; desde siempre, las artes verbales recurren a los símbolos por su enorme valor evocativo. Así, “todas las historias y todas las palabras pueden producir un impacto imborrable en el universo simbólico, en la piel sensible y profunda de quien nos escucha” (81). La audición de un cuento, nos dice el autor, revela y permite que afloren las pulsiones del inconsciente, al crear un estado alterado en el que “parece que entramos en un sueño” (81), entendiendo que “el sueño [...] es el patio de juegos del inconsciente. Ahí, en ese tiempo y espacio oníricos se puede todo. El sueño es el lugar donde la energía psíquica del inconsciente puede manifestarse sin censura y sin generar situaciones desagradables” (89).

Además de procurar el momento poético, el roce con la dimensión simbólica y la experiencia onírica, en términos instrumentales el cuentacuentos deberá adaptar el relato para hacer una versión oral, nos dice el autor, lo “que incluye una estrategia de corporalidad y en algunas ocasiones la participación de otras artes (música, danza, magia, títeres, objetos, etcétera)”; dicha estrategia se verá concretada con la labor receptiva del espectador, quien a partir del estímulo de la representación del cuentacuentos dará forma al relato en un momento dado, y si la transmisión es efectiva y ha calado hondo, se lo apropiará:

Cada relato, película, obra de teatro, canción o historia de la literatura nos gusta porque en él se reflejan los duendes juguetones de nuestro inconsciente. Sólo es cuestión de validar nuestras historias personales para encontrar en ellas las mismas emociones, ahora dilatadas, que los autores nos proponen. El gozo de ligar

un cuento escrito por cualquier autor a los episodios nuestra vida real convierte la experiencia estética en una epifanía luminosa que le da sentido a la existencia diaria (113).

Cada relato, nos dice Marconio, en suma, es susceptible de ser apropiado por el oyente, quien es un contador en potencia: la audición y la relación profundas de los cuentos son actividades inherentes y necesarias para los seres humanos; contar nos conmueve, además, porque, como nos enseña el autor, nuestras historias son dignas de ser contadas, y ellas nos conducen a una emoción genuina. En este volumen, el narrador y cuentacuentos Marconio Vázquez procura sistematizar la vía personal por la cual él ha llegado a descubrir la manera de contar cuentos propios, de otros autores y la tradición oral partiendo de la emoción personal profunda, conectando el relato con la propia intimidad, para poder transmitir una vivencia profunda a través de su actividad. El principal objetivo del autor, como lo he señalado, es incidir en la formación de nuevos cuentacuentos en México. Considero que el libro constituye una valiosa herramienta en ese sentido, y por ello sé que tendrá una trayectoria importante, pues es un título sin precedentes en esta disciplina a la que su autor ha consagrado los cinco lustros recientes.

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ
Facultad de Letras, UMSNH